

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

RABINDRANATH TAGORE

POEMAS

NUEVAS VERSIONES

DE

CARLOS MUZIO SÁENZ-PEÑA

BUENOS AIRES

1917

RABINDRANATH TAGORE

POEMAS

NUEVAS VERSIONES

DE

CARLOS MUZIO SÁENZ-PEÑA

EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1917

Rabindranath Tagore, el viejo poeta bengalí, cuya cabeza parece que irradiara una aureola con resplandor de prodigio, no es ya un desconocido en los pueblos occidentales. Su obra, antes revelada apenas a la admiración de unos cuantos, se traduce y comenta ahora en todos los idiomas.

Plena de harmoniosa sabiduría es la vida de este poeta. Colma sus días, largos y reposados, consagrado a una rara y profunda realización de bien y de belleza, sin que la pesadilla roja del matadero humano turbe la serenidad de sus sueños.

Así, pues, mientras se desarrolla "la quinta jornada de la gran tragedia", el poeta ha seguido cultivando su huerto espiritual y nos ha regalado LA COSECHA DE LA FRUTA, vertido al castellano recientemente por el señor Muzio Sáenz-Peña, y precedido de un prefacio del doctor Joaquín V. González, que es un estudio extenso y erudito sobre la personalidad y la obra del poeta de Bengala.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

I

EL ESCLAVO

Ten piedad de tu esclavo, ¡reina mía!

LA REINA

Ha terminado la asamblea y todos mis servidores se han retirado. ¿Por qué llegas tan tarde?

EL ESCLAVO

Mi turno comienza cuando tú concluyes con los demás. Vengo a preguntarte qué le queda por hacer a tu último esclavo.

LA REINA

¿Qué puedes tú hacer, siendo tan tarde?

EL ESCLAVO

Hazme jardinero de tu jardín.

LA REINA

¿Qué locura es esa?

EL ESCLAVO

Abandonaré mi otro trabajo.

Arrojaré mis sables y mis lanzas en el polvo. No me envíes a las cortes lejanas; no me ordenes que emprenda nuevas conquistas. Hazme, eso sí, jardinero de tu jardín.

LA REINA

¿Cuáles serán tus funciones?

EL ESCLAVO

El servicio de tus días de ocio.

Conservaré lozano el verde sendero por donde paseas de mañana; donde, tus pies, a cada paso, serán recibidos con alabanzas por las flores ávidas de muerte.

Te balancearé en un columpio entre las ramas del *saptaparna*, donde la temprana luna crepuscular se esforzará por besar tu falda a través de las hojas.

Llenaré, con perfumado aceite, la lámpara que arde al lado de tu lecho y ornaré tu taburete con pasta de azafrán, con pasta de sándalo, en maravillosos dibujos.

LA REINA

¿Cuál será tu galardón?

EL ESCLAVO

Que se me permita asir tus pequeños puños, semejantes a tiernos botones de loto, y deslizar cadenas de flores sobre tus muñecas; que pueda teñir la planta de tus pies con el rojo zumo de los pétalos de *ashoka*, y limpiar con mis besos toda partícula de polvo que en ellos se hubiera posado.

LA REINA

Tus deseos están concedidos, esclavo mío. Tú serás el jardinero de mi jardín.

II

¡Oh poeta! La noche se acerca; tus cabellos encanecen.

¿No oyes en tu solitaria cogitación el mensaje de lo futuro?

Es de noche — dice el poeta — y estoy escuchando, porque a pesar de ser tan tarde, alguien puede llamarme desde la aldea.

Vigilo si se encuentran los jóvenes corazones que se extravían. Dos pares de ansiosos ojos imploran música para que ésta rompa el silencio y hable por ellos.

¿Quién tejerá sus cantares apasionados, si yo me siento en la playa de la vida a meditar sobre la muerte y el más allá?

Desaparece la temprana estrella de la tarde. El resplandor de una pira funeraria muere lentamente al lado del silencioso río.

Lloran en coro los chacales, en los patios de las casas desiertas, a la luz de una gastada luna.

Si algún ser errante, al dejar su hogar, llegase aquí a observar la noche y con la cabeza inclinada escuchara el murmullo de la oscuridad, ¿quién estará aquí para decir en voz baja, en sus oídos, los secretos de la vida, si yo cierro mis puertas y trato de libertarme de las mortales ligaduras?

Qué importa que mi cabello encanezca.

Siempre soy tan joven o viejo como el mayor de los habitantes de la aldea.

Algunos tienen suaves y dulces sonrisas, otros, un destello de astucia en los ojos.

Algunos tienen lágrimas que se desbordan a la luz del día, otros, lágrimas que se esconden en la oscuridad.

Todos me necesitan, y yo no tengo tiempo para cavilar sobre la próxima vida.

Tengo la edad de cada uno. ¿Qué importa que mis cabellos encanezcan?

III

¡Pobre de mí! ¿Por qué construyeron mi casa al lado del camino que conduce al mercado de la aldea?

Atan sus cargados barcos cerca de mis árboles.

Vienen, van y pasean a su antojo.

Me siento y los observo; el tiempo se extingue.

No puedo echarlos fuera... Y así pasan mis días.

Noche y día resuenan sus pasos junto a mi puerta.

Vanamente exclamo: "No te conozco".

Mis dedos reconocen a algunos de ellos, mi olfato a otros; la sangre de mis venas parece conocer a éstos, y a aquéllos los conocen los sueños míos.

No puedo echarlos fuera. Les llamo y les digo: "Venid a mi casa; venid los que deseáis. Sí, venid".

Pór la mañana suena la campana en el templo.

Llegan con sus cestas en las manos.

Rosados son sus pies; la temprana luz de la mañana se refleja en sus rostros.

No puedo echarlos fuera. Les llamo y les digo: "Venid a mi jardín, venid a coger flores; venid".

A mediodía suena el timbal en la puerta del palacio.

No sé por qué dejan su trabajo y vienen a vagar cerca de mi seto.

Pálidas y marchitas están las flores de sus cabellos; lánguidas son las notas de sus flautas.

No puedo echarlos fuera. Les llamo y les digo: "Venid, amigos, que la sombra está fresca bajo los árboles".

Por la noche cantan los grillos en la espesura.

¿Quién llega hasta mi puerta y suavemente llama?

Distingo vagamente el rostro; ni una palabra se pronuncia. La inmovilidad del cielo nos rodea.

No puedo echar fuera a mi silencioso huésped. Contemplo esa cara en la oscuridad.... y pasan las horas de los ensueños.

IV

Cuando se apagó la lámpara, al lado de mi lecho, me desperté con las tempranas aves.

Me senté junto a la ventana abierta, con una fresca guirnalda en mi cabello suelto.

El joven viajero llegó por el camino, en la niebla rosada de la mañana.

Una cadena de perlas rodeábale el cuello, y los rayos del sol caían en su corona. Se detuvo frente a mi puerta y preguntó con ansioso grito: “¿Dónde está ella?”.

De vergüenza no pude decirle: “Ella soy yo, joven viajero; ella soy yo”.

Anohecía, y la lámpara estaba sin encender.

Yo trezaba indolentemente mi cabello.

El joven viajero llegó en su carruaje, en medio del resplandor del poniente sol.

Sus vestiduras estaban cubiertas de polvo y sus caballos mostraban sus bocas cubiertas de espuma.

Se apeó a mi puerta y preguntó, con fatigada voz: “¿Dónde está ella?”.

De vergüenza no le dije: “Ella soy yo, fatigado viajero; ella soy yo”.

Es una noche de abril. En mi cuarto arde la lámpara.

Llega suavemente la brisa del Sur; el bullicioso pagayo dormita en su jaula.

Mi túnica tiene el color de la garganta del pavo real; mi mantilla es verde como el joven césped.

Estoy sentada en el suelo, frente a la ventana, atisbando la calle desierta.

Toda la noche me paso murmurando: "Ella soy yo, desesperado viajero; ella soy yo".

V

Cuando, por la noche, acudo sola a mi cita de amor, los pájaros enmudecen, no sopla el viento, las casas a ambos lados de la calle permanecen silenciosas.

Son mis ajorcas las que hacen ruidos a cada paso... y tengo vergüenza.

Cuando me siento al balcón y escucho sus pasos, no crujen las hojas de los árboles y el agua permanece inmóvil en el río, como el sable en la rodilla de un centinela que duerme.

Es mi corazón que late brutalmente.

Yo no sé cómo aquietarlo.

Cuando llega mi amado y a mi lado se sienta; cuando mi cuerpo tiembla y mis párpados descienden... se oscurece la noche, apaga el viento la lámpara y las nubes corren velos sobre las estrellas.

Es la joya que en mi propio pecho brilla y alumbr.

Yo no sé cómo ocultarla.

VI

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.
Si tus trenzas se han aflojado; si la línea que divide tu cabello no está derecha; si las cintas de tu túnica no están atadas: no importa.

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.

Ven sobre el césped, con pasos rápidos.

Si se aflojan sobre tus pies los aros de campanillas; si de tu collar caen perlas: no importa.

Ven sobre el césped, con pasos rápidos.

¿Ves las nubes que envuelven al cielo?

Bandadas de grullas se levantan desde la lejana orilla del río y el viento en caprichosos giros sopla sobre la resolana.

Corre al ganado ansioso hacia sus rediles del pueblo.

¿Ves las nubes que envuelven al cielo?

En vano enciendes tu lámpara de tocador: aletea y se apaga con el viento.

¿Quién llegará a saber que tus pestañas no han sido retocadas con negro de humo? Tus ojos son más negros que tormentosa nube.

En vano enciendes tu lámpara de tocador... se apaga.

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.
Si la guirnalda no está tejida ¡a quién le importa tal cosa!

Si el brazalete no ha sido abrochado... déjalo.

Las nubes han oscurecido el cielo; es tarde.

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.

VII

Igual que un venado salvaje, enloquecido con su propio perfume, así corro en la sombra del bosque.

La noche es noche de mediados de marzo y la brisa es brisa del Sur.

Pierdo el camino y comienzo a vagar. Busco lo que no puedo hallar y hallo lo que no busco.

Brota de mi corazón y danza la imagen de mis deseos.

La deslumbrante visión aletea y huye.

Trato de retenerla firmemente, pero me elude y me extravía.

Busco lo que no puedo hallar y hallo lo que no busco.

VIII

En sus árboles canta el pájaro amarillo y hace que mi corazón dance de placer.

Ambos vivimos en la misma aldea; y es ésta nuestra mayor alegría.

La pareja de sus blancos corderillos viene a ramonear a la sombra de los árboles de nuestro jardín.

Si se extravían en nuestro campo de cebada, los tomo en mis brazos.

El nombre de nuestra aldea es Janyana, y Anyana llaman a nuestro río.

Mi nombre lo conoce todo el villorrio, y el nombre de ella es Ranyana.

Sólo nos separa un prado.

Las abejas que enjambran en nuestro bosquecillo, van al suyo en busca de miel.

Las flores arrojadas desde su embarcadero, llegan flotando en el río hasta el lugar donde nos bañamos.

Cestas de secas flores de *keshm*, vienen de sus prados a nuestro mercado.

El nombre de nuestra aldea es Janyana, y Anyana llaman a nuestro río.

Mi nombre lo conoce todo el villorrio, y el nombre de ella es Ranyana.

La senda que serpentea hasta su casa está fragante, en la primavera, con flores de mango.

Cuando su lino madura para ser cosechado, florece el cáñamo en nuestros campos.

Las estrellas que se sonríen sobre su choza, nos envían la misma titilación.

La lluvia que desborda sus estanques, hace la delicia de nuestro bosque de *kúdamos*.

El nombre de nuestra aldea es Janyana, y Anyana llaman a nuestro río.

Mi nombre lo conoce todo el villorrio, y el nombre de ella es Ranyana.

IX

Cuando ella pasó a mi lado, con su rápido andar, el extremo de su falda rozó mi cuerpo.

Un inesperado y tibio aliento de primavera llegó hasta mí, desde la desconocida isla de un corazón.

Un aleteo fugaz me acarició un momento y desapareció en un instante, como el pétalo de una flor destrozada que el viento arrastra.

Cayó dentro de mí como el suspiro de su cuerpo, como el susurro de su corazón.

X

Trato, durante toda la mañana, de tejer una corona; pero las flores se deslizan de mis manos y caen.

Tú te sientas y me observas, en secreto, a través del rabillo de tus suplicantés ojos.

Pregúntale a esos ojos, que a escondidas proyectan travesuras, quién tiene la culpa.

Trato de cantar una canción; pero es en vano.

Una disimulada sonrisa tiembla en tus labios. Pregúntale a ella el secreto de mi fracaso.

Deja que tus sonrientes labios digan, bajo juramento, cómo se perdió mi voz en el silencio, semejante a una abeja embriagada en una flor de loto.

Es de noche; es el momento en que las flores cierran sus pétalos. Permíteme que me siente a tu lado y que mis labios realicen el trabajo que puede hacerse en silencio, bajo la luz difusa de las estrellas.

XI

Caminabas por el sendero que bordea el río, con el cántaro lleno apoyado en tu cadera.

¿Por qué tornaste rápidamente la cabeza y me espiaste a través de tu desordenado velo?

Esa deslumbrante mirada llegó hasta mí, desde la oscuridad, semejante a la brisa que envía un escalofrío a través de las rizadas aguas y se pierde hacia la orilla umbrosa.

Llegó hasta mí como el pájaro nocturno que atropelladamente vuela a través del cuarto sin lámpara, de una ventana abierta a la otra, y luego desaparece en la noche.

Tú estás escondida como una estrella detrás de las colinas; yo soy un pasajero en el camino.

Pero, ¿por qué no te detuviste un momento y me miraste a la cara, a través de tu velo, cuando caminabas por el sendero que bordea el río, con el cántaro lleno apoyado sobre tus caderas?

XII

¿**P**or qué prefirió él, el joven vagabundo, venir a mi puerta cuando amanecía el día?

Cuando salgo o entro, siempre paso a su lado y su rostro atrae mis ojos.

No sé si debiera hablarle o permanecer callada.

¿Por qué prefirió venir a mi puerta?

Son oscuras las noches nubladas de julio; el cielo es suavemente azul en el otoño; los días primaverales están intranquilos con el viento del Sur.

El siempre teje sus canciones con frescas tonadas. Retorno a mi labor y la neblina humedece mis ojos. ¿Por qué prefirió venir a mi puerta?

XIII

Cuando las dos hermanas van por agua, llegan hasta este lugar, se detienen y sonríen.

Deben haber enterado de que hay alguno detrás de los árboles, cada vez que van por agua.

Las dos hermanas se hablan quedamente, cuando pasan por este lugar.

Deben haber adivinado ese secreto, de que hay alguno detrás de los árboles, cada vez que van por agua.

Se balancean sus cántaros bruscamente y el agua se derrama, cuando llegan a este lugar.

Deben haber descubierto que el corazón de alguno late amorosamente, de alguno que está detrás de los árboles cuando ellas van por agua.

Las dos hermanas se miran cuando llegan a este lugar, se miran y sonríen.

Hay cierta risa burlona en el rápido mover de sus pies que confunde la mente de alguno que está detrás de los árboles cuando las hermanas van por agua.

XIV

¿Por qué te sientas allí y sacudes tus brazaletes en simple y perezoso pasatiempo?

Llena tu cántaro; es hora de que vengas a casa.

¿Por qué chapoteas el agua con tus manos y, a espera de alguien, miras impaciente hacia el camino, en simple y perezoso pasatiempo?

Llena tu cántaro y ven a casa.

Pasan las horas de la mañana; corren las oscuras aguas. Ríense las ondas y murmuran entre ellas, en simple y perezoso pasatiempo.

Las nubes vagarosas se han reunido al margen del cielo, en esa lejana elevación del terreno.

Allí se han detenido, miran tu rostro y sonríen, en simple y perezoso pasatiempo.

Llena tu cántaro y ven a casa.

XV

¿Colocarás, hermosa mía, tu guirnalda de frescas flores en mi cuello?

Pero, antes de hacerlo, debes saber que la guirnalda que yo tejiera es para muchas; para aquellas que sólo se descubren en rápidas miradas, que moran en inexploradas tierras o viven en las canciones de los poetas.

Es demasiado tarde para que me pidas mi corazón en cambio del tuyo.

Hubo un momento en que mi vida era cual un capullo que llevaba todo el perfume oculto en su corazón.

Ahora se ha desparramado por todos los ámbitos de la vida.

¿Quién conocerá el hechizo que pueda reunirlo y encerrarlo otra vez?

Mi corazón no me pertenece; no puedo entregárselo a una sola; ya lo he dado a tantas...

XVI

¿A dónde vas, presurosa, con tu cesto, a esta avanzada hora de la tarde, si ya terminó el mercado?

Todos han regresado a sus hogares con sus cargas; la luna atisba curiosamente por encima de los árboles de la aldea.

El eeo de las voces llamando al barquero, se desliza a través del agua oscura hasta el pantano distante donde duermen los patos silvestres.

¿Adónde vas, presurosa, con tu cesto, si ya terminó el mercado?

El sueño ha acariciado con sus dedos los ojos de la tierra.

Se han silenciado los nidos de los cuervos y ha languidecido el murmullo de las hojas del bambú.

Los trabajadores están de vuelta en sus hogares y extienden sus esteras en los patios tranquilos.

¿Adónde vas, presurosa, con tu cesto, si ya terminó el mercado?

XVII

A pesar de que la noche se aproxima con sus tardíos pasos, y que ya ha dado la señal de que cesen todas las canciones;

A pesar de que los otros pájaros se han retirado a descansar y de que tú estás fatigado;

A pesar de que el temor germina en la oscuridad y que el rostro de la noche se cubre de espeso velo;

A pesar de ello, ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

No es la pesadumbre de las hojas de la selva; es el mar, el mar que se hincha como una serpiente negra.

No es la danza del florecido jazmín; es la espuma, la espuma reluciente.

¡Ah! ¿Dónde estará esa playa verde y soleada?
¿Dónde tu nido?

Ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

La solitaria noche yace a lo largo de tu sendero y duerme el amanecer tras las sombreadas colinas.

Retienen su aliento las estrellas al contar las lánguidas horas y la débil luna vaga en la noche profunda.

Ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

No hay esperanza para ti; ni esperanza ni temor.

No hay una palabra, un suspiro, un sollozo...

Ni un lecho donde descansar tu fatigado cuerpo.

Sólo hay un par de alas, las tuyas, en ese inmenso cielo sin sendero ni huella.

Ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

XVIII

Ella vivía en la ladera, al borde de un maizal, cerca de la fuente que se esparce en sonrientes arroyuelos por entre la sombra solemne de los ancianos árboles.

Allí venían las mujeres a llenar sus cántaros y los viajeros se sentaban a la sombra, a descansar y charlar un rato.

Ella soñaba y trabajaba, siempre al son del burbujante río.

Un atardecer descendió de lo alto del picacho que ocultan las nubes, un desconocido: sus cabellos, enmarañados, eran como aletargadas serpientes.

Nosotros le interrogamos, admirados:

“¿Quién eres tú?”.

El no respondió; se sentó silenciosamente junto al locuaz arroyo y miró a la choza donde vivía ella.

Latieron de temor nuestros corazones y cuando cayó la noche, retornamos medrosos a nuestras casas.

Al día siguiente, vinieron las mujeres por agua a la fuente, cerca de los *deodares*, y hallaron abierta la puerta de la choza; y su voz se había ido y, ¿dónde estaba su sonriente casa?

La jarra, vacía, yacía en el suelo y la lámpara se había consumido en un rincón. Nadie sabía adonde se había ido antes de que llegase la mañana; y el desconocido había desaparecido.

El sol se hizo más ardiente en el mes de mayo y comenzó el deshielo, y nosotros nos sentábamos junto a la fuente y sollozábamos diciendo: “¿Habrà en el país adonde ella se fuera, una fuente en la cual pueda llenar su copa, en estos días calurosos y sedientos?”. Y nos interrogábamos, desalentados: “Habrà un país más allá de estas colinas donde nosotros vivimos?”.

Era una noche de verano; soplabla la brisa del Sur, y yo estaba en su desierto cuarto, donde la lámpara aun permanecía sin encender, cuando, de repente, las colinas se desvanecieron ante mí, como cortinas que se separan.

“¿Ah! Era ella que venía. ¿Cómo estás, hija mía, cómo estás? ¿Eres feliz? Pero, ¿dime, dónde puedes cobijarte bajo el cielo abierto? Y, ¡oh dolor! nuestra fuente no está allí, para apaciguar tu sed”.

“Aquí está el mismo cielo — dijo ella. — Sólo que está libre de las circundantes colinas; esta es la misma fuente, desbordada en río; la misma tierra abierta en llanura”.

“Todo está allí — dije suspirando: — todo está allí, sólo nosotros no estamos”.

Ella sonrió tristemente, y dijo:
 “Estáis en mi corazón”.

Desperté y oí el murmullo del arroyo y el crujir de las hojas de los *deodares* en la noche.

XIX

— **V**en a nosotros, juventud, dinos: ¿por qué hay ese destello de locura en tus ojos?

—No sé qué vino de salvaje adormidera he bebido, que hay esa locura en mis ojos.

—¡ Ah, qué vergüenza!

—Algunos son sabios, otros necios; unos son observadores y otros descuidados. Hay ojos que sonríen y ojos que lloran, y en los míos hay destellos de locura.

—Juventud, juventud. ¿Por qué te inmovilizas bajo la sombra del árbol de la vida?

—Mis pies languidecen con el peso de mi corazón, y yo permanezco inmóvil, en la sombra.

—¡ Ah, qué vergüenza!

—Algunos marchan por sus propios senderos; otros se demoran; hay quienes son libres y quienes están encadenados, y mis pies languidecen con el peso de mi corazón.

XX

Paz, corazón mío, paz. Deja que sea dulce el momento de la separación.

Que no sea semejante a la muerte sino a la perfección.

Deja que el amor se diluya en los recuerdos y el dolor en las canciones.

Deja que ese largo volar a través de los cielos, termine en un confiado plegar de alas sobre el nido.

Deja que el último roce de tus manos, sea suave como la flor de la noche.

Permanece quieto, — ¡oh hermoso final! — quieto por un instante y di tus últimas palabras en silencio.

Me inclino ante ti, y levanto en alto mi lámpara para iluminar tu camino.

XXI

Recuerdo que un día, en mi niñez, hice flotar un barco de papel en una zanja.

Era un día húmedo de julio; yo estaba solo y era feliz con mi juego, cuando hice flotar mi barco de papel en una zanja.

De improvviso, las nubes tormentosas se arremolinaron; llegó el viento en ráfagas furiosas y la lluvia se derramó en torrentes.

Raudales de agua cenagosa arrasaron con todo e hincharon el arroyo y hundieron mi barco.

Pensé, con amargura, que la tempestad había venido sin otro objeto que el de echar a perder mi dicha. Toda su perversidad parecía estar en mi contra.

Ese nublado día de julio se halla hoy muy lejano, y he estado meditando sobre todos aquellos juegos de la vida en los cuales fuera yo un perdedor.

Culpaba a mi suerte de las muchas jugadas que a mí me hiciera el destino, cuando, de repente, recordé ese barco de papel que se hundió en la zanja.

XXII

Sobre los campos de arroz, amarillos y verdes, recorren las sombras de las nubes otoñales, perseguidas por el sol, rápido cazador.

Las abejas, borrachas de luz, se han olvidado de libar sus mieles y revolotean y zumban.

Los patos, que moran en las islas ribereñas, se alborotan por cualquier cosa.

Que ninguno retorne a casa esta mañana, hermanos; que ninguno trabaje.

Vamos a asaltar el cielo azul, a sumergirnos en el espacio mientras corremos.

Flotan las risas en el aire, como la espuma en el torrente.

Hermanos, vamos a deshojar nuestra mañana en frívolas canciones.

XXIII

Amor mío: mi corazón desea, día y noche, encontrarse contigo. Un encuentro que sea semejante a la muerte que todo lo devora.

Arrójame a lo lejos, como una tempestad; toma todo lo que yo poseo; destroza mi sueño y saquea mis ilusiones. Róbame el mundo mío.

En esta devastación, en la suprema desnudez del espíritu, seamos uno solo en belleza.

¡Oh mis vanos deseos! ¿Dónde reside la esperanza de una unión verdadera sino en ti, mi Dios?

XXIV

Líbrame de los lazos de tus dulzuras, amor mío, no me convides más de este vino de besos.

Esta bruma de pesado incienso, ahoga mi corazón.

Abre las puertas; hay lugar para que penetre la luz de la mañana.

Me he perdido en ti, envuelto en los pliegues de tus caricias.

Líbrame de esos hechizos, y devuélveme la virilidad para que pueda ofrendarte mi libre corazón.

XXV

Concluye, entonces, la última canción y vámonos.

Olvida esta noche, cuando la noche haya fenecido.

¿A quién trato de tomar entre mis brazos?

Jamás pudieron aprisionarse los sueños.

Mis ávidas manos estrechan el vacío contra mi corazón y dañan mi pecho.

XXVI

Si así tú lo quieres, amor mío, concluiré mi canción.

Si sufre tu corazón, retiraré mis ojos de tu rostro.

Si, repentinamente, tu andar te atemoriza, me haré a un lado y elegiré otra senda.

Si te confundes al tejer las flores, evitaré de llegar hasta tu jardín.

Si el agua se enfurece y se torna lasciva, no remaré mi barca cerca de tu orilla.

XXVII

¿**Q**uién eres tú, lector amado, que leerás mis poemas de aquí cien años?

Triste de mí, que no puedo enviarte ni una sola florecilla de esta riqueza primaveral; ni un simple reflejo de oro que arrancarí a las lejanas nubes.

Abre tu puerta, la del corazón, y mira hacia afuera.

Toma de tu florecido jardín las memorias fragantes
de las flores marchitas de hace cien años.

Que sientas en tu jubiloso corazón la alegría eterna
que cantó una mañana de primavera enviando su gra-
ta voz a través de un centenar de años.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Introducción.....	3
I. Ten piedad de tu esclavo	5
II. ¡Oh poeta! La noche se acerca.....	7
III. ¡Pobre de mí! ¿Por qué construyeron	8
IV. Cuando se apagó la lámpara.....	10
V. Cuando, por la noche.....	11
VI. Ven como estás.....	12
VII. Igual que un venado salvaje.....	13
VIII. En sus árboles canta.....	13
IX. Cuando ella pasó a mi lado.....	15
X. Trato, durante la mañana.....	15
XI. Caminabas por el sendero.....	16
XII. ¿Por qué prefirió él.....	16
XIII. Cuando las dos hermanas.....	17
XIV. ¿Por qué te sientas allí.....	18
XV. ¿Colocarás, hermosa mía.....	18
XVI. ¿Adónde vas, presurosa.....	19
XVII. A pesar de que la noche.....	20
XVIII. Ella vivía en la ladera.....	21
XIX. Ven a nosotros, juventud.....	25
XX. Paz, corazón mío.....	24
XXI. Recuerdo que un día.....	25
XXII. Sobre los campos de arroz.....	26
XXIII. Amor mío: mi corazón.....	26
XXIV. Líbrame de los lazos.....	27
XXV. Concluye, entonces.....	27
XXVI. Si así tú lo quieres.....	28
XXVII. ¿Quién eres tú.....	28

Argentina de Letras



DIRECTORES: ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

PRIMER AÑO

- | | |
|-------------------------|--|
| *1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| *2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| *3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| *4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| *5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| *6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| *7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| *10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONEILLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

LOS NÚMEROS MARCADOS CON UN
ASTERISCO HÁLLANSE AGOTADOS

SEGUNDO AÑO

- | | |
|----------------------------|------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |

Cuaderno de próxima publicación:

**CARTAS AMATORIAS de la monja portuguesa
Mariana Alcolorado**

SUBSCRIPCIONES:

Capital, un semestre \$ 1.20 m/n — Interior \$ 1.50 m/n
" un año " 2.40 " — " " 3.00 "
Número suelto \$ 0.25 centavos
" atrasado " 0.40 "

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA A

LEOPOLDO DURÁN